



EL EJE PATRIMONIAL DE LA SABANA DE BOGOTÁ

Un “proyecto implícito” en el palimpsesto del altiplano cundiboyacense

José Fernando Rubio Vaca, Jimena Montaña Cuéllar, Antonio Lista Martín

RESUMEN

La urbanización del altiplano cundiboyacense, fuertemente influenciada por la hegemonía funcional de Bogotá, está transformando aceleradamente el territorio mediante la reproducción sistémica de procesos de carácter global que influyen en los imaginarios de sus habitantes y en la forma de habitarlo e interpretarlo. La atención exclusiva al desarrollo económico, trae consigo un cambio en los patrones de urbanización, afectando el paisaje con nuevas áreas logísticas y de servicios, que invisibilizan y amenazan el patrimonio tangible e intangible, testimonio de la identidad de dicho territorio. Este artículo busca poner en valor ese patrimonio y demostrar que, a pesar de los cambios actuales en la estructura funcional, aún persiste una riqueza patrimonial que puede ser muy útil para las dinámicas territoriales, si es gestionada alrededor de un concepto integrador que denominamos Eje Patrimonial de la Sabana.

Palabras Clave: Territorio, Territorialidad, Paisajes Culturales, Patrimonio Cultural, Sabana de Bogotá

ABSTRACT

The urbanization of the Cundinamarca-Boyacá highlands, strongly influenced by the functional hierarchy of Bogotá, is rapidly transforming the territory through the systemic reproduction of global processes that influence the imaginaries of its inhabitants and the way they inhabit and interpret it. This condition, which promotes the economic development of society, brings with it a change in urbanization patterns, emphasizing landscapes configured by the images of new logistic and service areas that, to a certain extent, make invisible/threaten a series of heritage resources that support local manifestations of cultural identity. This article seeks to highlight these resources and to demonstrate that despite the current changes in the functional structure, there still persists (until now) a heritage layer that can be promoted and managed around a concept that we will call The Sabana's Heritage Axis .

Key words: Territory, Territoriality, Cultural Landscapes, Cultural Heritage, Sabana de Bogotá

Introducción

El altiplano cundiboyacense, es una subregión ubicada en el ramal oriental de la cordillera de los Andes en Colombia. Está conformado por una serie de valles que se van alternando, dentro de los cuales se encuentran el de la Sabana de Bogotá -llamada en el siglo XVI el valle de los Alcázares- y los valles de Ubaté, Tunja y Sogamoso.

El creciente interés por consolidar el potencial económico de la región central del país ha producido en el altiplano cundiboyacense formas de urbanización que tienden a mejorar su capacidad logística y productiva. Estos procesos transformaron las dinámicas socioeconómicas, generando una serie de fenómenos multidimensionales que se manifiestan como “una precipitación de objetos aislados que ha desarmado el territorio” (Boeri, 2013). Estos cambios en las maneras de ocupar, habitar y percibir el altiplano cundiboyacense se pueden convertir en oportunidad para reconfigurar la necesidad de proteger y conservar el patrimonio material e inmaterial como componente esencial en este proceso de urbanización, complementando las dinámicas globales con lecturas y códigos de interpretación que fortalezcan el desarrollo a escala local.

En este artículo se pretende comprender este espacio contemporáneo surcado por “energías verticales móviles y paisajes físicos y psicológicos” (Boeri, 2013), y estructurar un eje dirigido a consolidar una estructura narrativa -un sistema semántico- que desvele el “proyecto implícito” (Dematteis) y posibilite la reinterpretación del patrimonio, aunado a estrategias de intervención, apropiación y comprensión de ese territorio.

Imagen 1: El altiplano cundiboyacense Lagunas ancestrales

Imagen 2: Zona Industrial de Cota - Fotos del autor





Imagen 3El altiplano cundiboyacense sobre el territorio ancestral - Mapa Fuente: Google Maps
Elaboración S.Rojas, P.Urquijo, 2023

El altiplano: procesos de urbanización y transformación del territorio

Las relaciones de apropiación del territorio no son únicamente de naturaleza física. En él se construyen y ponen en práctica distintas intenciones, tanto míticas como políticas y así entonces, los “finés y los medios de este uso del territorio suponen a su vez coherencia y continuidad en el grupo social que decide y ejecuta las intervenciones de explotación” (Corboz, 2015). Boeri (2023) lo reafirma, interpretando el territorio como la síntesis espacial resultante de una serie de fenómenos multidimensionales de transformación producidos por los diversos intereses que los grupos sociales ejercen sobre el mismo. En estos procesos de construcción colectiva a lo largo del tiempo se van transformando las distintas dimensiones culturales de carácter simbólico y semántico (Deleuze y Guattari, 1991).

En el altiplano cundiboyacense, territorio hasta hace poco rural y campesino, podemos observar que las dinámicas económicas han generado zonas industriales en municipios antes dedicados a la agricultura, jalonando la construcción de nuevos servicios que promueven la incorporación de modelos de consumo, que se manifiestan como “espacios genéricos”, tales como centros comerciales, parques temáticos, campos de golf e infraestructura para eventos masivos, muchos de ellos de escala metropolitana y regional. Así mismo, los servicios de experiencia turística que exaltan los recursos culturales a través de un valor agregado de permanencia y disfrute, evidencian las interpretaciones del territorio como una serie de fragmentos aislados o incompletos, sin comprenderlo como parte integral de un sistema que, en conjunto, conserva gran parte de la identidad patrimonial del territorio y su “sentido del lugar” (Tuan, 1977).

La ciudad de Bogotá dio el primer paso hacia la formalización metropolitana en Colombia. En 1954, se creó el Distrito Especial, un conjunto de siete municipios integrados con distintas intenciones a una nueva noción urbana. En la misma década, y debido a los procesos de violencia bipartidista, la nueva metrópoli absorbió la migración del país entero llegando en sólo tres años a triplicar su población. A finales del siglo XX e inicios del siglo XXI a través de leyes y decretos se redefinen legalmente, las nuevas áreas y su influencia. A través de la Ley 128 de 1994 se establecen las áreas metropolitanas “como entidades administrativas formadas por un conjunto de dos o más municipios integrados alrededor de un municipio núcleo o metrópoli, vinculados entre sí por estrechas relaciones de orden físico, económico y social” (Ley 128 de 1994, art. 1). La Región Metropolitana Bogotá-Cundinamarca se creó políticamente en 2020 y la participación municipal o distrital se hace de manera voluntaria por cada uno de los municipios que se integran.

La ciudad de Bogotá y su entorno se convirtió en una de las mayores regiones metropolitanas del continente latinoamericano y jalonó un proceso similar en las demás subregiones del país, pasando de “un sistema de



relaciones interurbanas a uno de relaciones multi-metropolitanas, muchas no formales institucionalmente, pero reales y efectivas en la economía imperante de mercado” (Montenegro, 2021). Este espacio funcional se ha ido extendiendo paulatinamente a lo largo de los cuatro corredores viales que conectan Bogotá con las otras regiones importantes del país: la autopista del Sur, la calle 13, la calle 80 y la autopista Norte.

La ciudad central ha ido creciendo como una mancha de aceite y en las últimas décadas se han hecho más evidentes los procesos de crecimiento y conurbación con los municipios de la Sabana de Bogotá, el más complejo con Soacha, el municipio más poblado del departamento de Cundinamarca y la octava ciudad más grande del país. El crecimiento y los procesos de conurbación sin un carácter polarizador central, se han manifestado de forma aislada, generando grandes manchas urbanas semi independientes en el entorno más inmediato a la ciudad capital, como es el caso de los municipios de Cota-Chía-Cajicá y Sopó-Tocancipá-Gachancipá al norte o Funza-Mosquera-Madrid al occidente.

La región metropolitana Bogotá-Cundinamarca, en permanente estado de expansión y sin lecturas claras y concertadas del territorio, ha generado crecimientos a manos de los agentes privados que “han encontrado los caminos de la formalidad mucho antes que los agentes políticos” (Montenegro, 2021), generando la construcción de grandes conglomerados de prestación de servicios, dejando de lado la imperiosa necesidad de la solución de los temas socioambientales, la planificación del transporte, inversión pública o infraestructura vial, propios de los agentes públicos, entre otros. De un paisaje agro-industrial con baja ocupación se pasó en pocos años a uno de grandes áreas logísticas y de servicios con una alta ocupación del suelo que ha transformado radicalmente tanto el espacio como la interpretación sociocultural del territorio (Romero, 2020).

Imagen 4: Sector Zona Industrial de Tocancipá - Mapa Fuente Google Maps

Imagen 5: Zona Industrial de Cota - Foto del autor



Las dinámicas económicas han influido en la población, que ha adoptado nuevos usos y costumbres, transformando los valores de referencia del territorio en función de los nuevos nodos de intercambio de la red de movilidad principal. La interacción entre diferentes grupos sociales, generadas sobre todo a partir de la migración a los municipios vecinos, también ha generado nuevas formas de apropiación, lectura e interpretación.

Los distintos procesos de urbanización e intervención han acarreado la pérdida del “valor posicional” del patrimonio cultural y su importancia como conjunto, al ser aislado de su contexto. Así, por ejemplo, una casa de hacienda es utilizada como lugar para celebrar eventos, las lagunas son lugar de camping, sin comprender su relación con la cosmogonía ancestral, se desconoce el origen del nombre de los pueblos, se derrumban hitos urbanos y se renombran los lugares, constantes que van haciendo cada vez más difícil la posibilidad de reconocer y comprender el valor tanto natural como cultural del territorio.

Este proceso de urbanización acelerado ha afectado el territorio, tanto a nivel físico, como conceptual, generando como resultado, una multitud de discursos que se superponen y que conducen muchas veces a lecturas y acciones erradas. Éstas, permeadas por los intentos de ordenamiento y planeación, y los esfuerzos desligados de las distintas instituciones encargadas de reglamentar y proteger los recursos naturales y el patrimonio cultural, contribuyen al olvido y deterioro de las evidencias históricas, tanto geográficas como construidas.

Imagen 6: Plano Nollí sector Zona Industrial de Tocancipá
-Elaboración S.Rojas, P.Urquijo

Imagen 7: Foto cortesía S.Rojas, P.Urquijo



El altiplano: palimpsesto natural y cultural

El territorio, y sus paisajes -intervenidos o naturales- permite relacionar los elementos comunes; el Eje imaginario que aquí se propone responde al uso, comprensión y apropiación de ese territorio a lo largo de la historia de su poblamiento. Se trata de revelar los distintos elementos que componen este Eje, para dirigir estrategias coherentes que trasciendan hacia la recuperación, apropiación, uso y protección de los recursos naturales y el

Imagen 8: Sector Chia-Centro Comercial Fontanar

Imagen 9: Sector Chia-Centro Comercial Fontanar. Fuente Google Maps



patrimonio tangible e intangible. Retomando a Corboz, comprendemos la estructuración y comprensión de este Eje, como un “territorio, sobrecargado [...] de numerosas huellas y lecturas [...] un palimpsesto [...]” (Corboz, 2015).

En los últimos años en Colombia los Planes Especiales de Manejo y protección (P.E.M.P) procuran integrar los hechos construidos y su historia, dotándolos de mayor sentido en la medida en que su valor no depende de su singularidad, sino del contexto que lo significa. Esto construye una diferencia fundamental entre lo que se conoce como “valor intrínseco”, el valor histórico, artístico, simbólico que pueda tener un elemento y su “valor posicional”, que es el que pueda tener en función de donde se sitúa, cómo y cuánto pueda ser percibido e interpretado, es decir, su valor semántico.

Cada territorio es único, afirma Corboz, y es necesario, “raspar una vez más [...] el viejo texto que los hombres han escrito [...]” (Corboz, 2015). El patrimonio del altiplano cundiboyacense ha sido definido y estudiado por diversas disciplinas a lo largo del tiempo. Sin embargo, estas miradas, reflejadas en las maneras de abordarlo e interpretarlo a través de estudios sectoriales o de herramientas de planeación y ordenamiento, pueden inducir una cierta confusión respecto a la coherencia -sobre todo semántica- del sistema en general. Las valoraciones parciales con carácter fragmentario o excesivamente dependientes de los intereses particulares o de orden municipal, impiden ver la riqueza del conjunto para proyectarlo con un sentido más amplio que lo haga visible y comprensible para el grueso de la población.

Imagen 10: Capillas de Siecha, Guasca

Imagen 11: Monolitos del Llorón, Suesca - Fotos del autor



Desvelar el palimpsesto y cada una de sus capas, permitirá distinguir las evidencias construidas en el territorio natural y su contexto, como punto de contacto en la red, construyendo nodos semánticos a partir de los cuales es posible reconocer el patrimonio como recurso de segundo y tercer orden y organizar, en su conjunto, las “cuencas semióticas o de sentido” (Lista, 2023), piezas fundamentales para la construcción del Eje Patrimonial.

Esta interpretación conceptual nos permite integrar en unos espacios del sistema, un mismo tipo de información patrimonial, que la valora en función de las relaciones posicionales y de significado que se establecen con otros recursos cercanos, promoviendo lecturas que posibilitan interpretaciones más integrales y comprensivas, independientemente de la capa del palimpsesto a la que correspondan. De esta forma evitamos analizar el territorio solo en función de las determinantes “intrínsecas” y nos permite centrarnos en el potencial de construcción de nuevos sentidos y significados que dignifiquen el patrimonio como un posible recurso en función de su valor posicional y semántico.

Imagen 12: Línea del tiempo del palimpsesto del altiplano -
 Elaboración: Rojas, S. Urquijo, P. 2023

A continuación, se establecen las cuatro capas, las huellas que se han inscrito y que componen ese palimpsesto en el territorio.

El territorio y su riqueza natural y cultural

Describimos el territorio desde su patrimonio natural, constituido por las reservas de la biosfera, los monumentos naturales, las reservas y parques naturales, y los santuarios de la naturaleza de gran relevancia estética o científica. Sobre él encontramos las distintas manifestaciones de patrimonio cultural, que comprende tanto los bienes materiales muebles e inmuebles, a los que se les atribuye, entre otros, especial interés histórico, artístico, científico, estético, como manifestaciones intangibles y productos y representaciones de la cultura: lenguas y dialectos, tradiciones y conocimientos ancestrales. Nos acogemos también a la definición de Choay (1992) que determina el conjunto de hechos construidos considerados como patrimonio como “artefacto edificado por una comunidad de individuos para acordarse o para recordar a otras generaciones determinados eventos, sacrificios, ritos o creencias” (p. 12).

Colombia está surcada por tres ramales de la cordillera de los Andes, asunto que condiciona su particular geografía y la historia de su poblamiento. La variedad topográfica del país determinada por la presencia de estas tres cordilleras permite fraccionar el territorio en regiones naturales con similitudes cada una en cuanto a habitantes, condiciones físicas, hidrográficas, fauna y flora, entre otros. Así entonces, tenemos cinco grandes regiones: Andina, Caribe, Pacífico, Amazónica y Orinoquía.

La región Andina comprende los actuales departamentos de Cundinamarca, Boyacá, Antioquia, Santander y Norte de Santander, Nariño, Cauca, Huila, Valle del Cauca, Tolima, Quindío, Risaralda y Caldas.

La Sabana de Bogotá -llamada en el siglo XVI el valle de los Alcázares-, es una subregión ubicada en el centro de la cordillera andina, sobre la parte sur del llamado altiplano, conformada por una serie de valles que se van alternando entre las ciudades de Bogotá y Tunja, dentro de los cuales se encuentran la Sabana de Bogotá, los valles de Ubaté, Tunja y Sogamoso.

Los Cerros Orientales de Bogotá se extienden de Sur a Norte en alturas que van desde los 2.800 a los 3.600 metros, formando parte del suelo rural de las localidades de Usme, San Cristóbal, Santa Fe, Chapinero y Usaquén, y están declarados como un área protegida de orden nacional. Así mismo, forman parte del corredor de páramos Cruz Verde-Sumapaz.

Colombia posee el 49% de área de paramos en el mundo -ecosistemas estratégicos por su papel en la regulación del ciclo hidrológico, que sustenta el suministro de agua para consumo humano y desarrollo de actividades



económicas de la población. Estos están agrupados en 36 complejos y la mitad de ellos se encuentran en la Cordillera Oriental.

El Distrito Capital, en su jurisdicción, cuenta con 4 páramos: Sumapaz con 333.420 ha, el más grande del mundo, que actúa como regulador hídrico de las cuencas altas de varios de los ríos que recorren los departamentos de Cundinamarca, Meta, y Huila. El páramo de Chingaza que comprende 76.600 ha y hace parte de los municipios cundinamarqueses de Fómeque, Choachí, La Calera, Guasca, Junín, Gachalá y Medina, además de San Juanito, El Calvario, Restrepo y Cumaral en el Meta.

En el municipio de Boyacá se encuentran la Sierra Nevada del Cocuy, Pisba, Guantiva-La Rusia, Iguaque-Merchán, Tota-Bijagual-Mamapacha y Yariquíes. La Sierra Nevada del Cocuy tiene una extensión de 306.000 hectáreas, en ella se erigen varios picos nevados.

Es una gran estrella hídrica que provee bienes y servicios ambientales a más de 15.000 habitantes de los departamentos de Boyacá y Casanare. Los páramos, subpáramos y sus lagunas, fueron parte de la cosmogonía muisca, no sólo como lugar de observación astronómica, sino como base de sus mitos de origen y de sus rituales. La Sierra Nevada de Güicán, El Cocuy y Chita son territorio sagrado para los indígenas U'WA.

Imagen 13: Lagunas del Páramo de Chingaza

Imagen 14: La Chorrera, Choachi – Fotos del autor, 2023

La altiplanicie cundiboyacense como unidad biogeográfica de la cordillera Oriental agrupa cuatro grandes altiplanos que se suceden, con orientación suroccidente-nororiente, a lo largo de un eje de 250 km, entre los 2.000 y los 3.000 metros de altitud. Los principales valles de la tierra fría en esta cordillera están representados por la Sabana de Bogotá y los valles de Duitama, Sogamoso, Ubaté y Chiquinquirá y por las cuencas menores que nutren los ríos Bogotá, Suárez, Chicamocha, Garagoa, Guavio y Sumapaz, entre otros. Descendiendo en altitud, en las laderas y vertientes exteriores de las cordilleras se encuentran los pisos térmicos templado y cálidos, con distinta vegetación, flora y fauna. Estos valles comprenden tanto tierras fértiles y terrenos llanos para ganadería extendida como depósitos de sal, carbón, hierro, cobre, plata, cobre, esmeraldas, areniscas, arcillas, entre otros.

Poblamiento y patrimonio ancestral

La sociedad Muisca fue una de las más complejas de América (Langebeack, 2023). En la conquista del territorio siguieron los caminos de intercambio de sal, oro, plata, cobre, tejidos, cerámica, y esmeraldas, entre otros. La producción muisca se caracterizaba por una especialización regional; la de cerámica se concentraba en Tunja, Ráquira y Soacha, la región del Muzo, actual municipio de Boyacá, proveía de esmeraldas, el oro llegaba de la región del Magdalena y la sal se extraía de la región del Zipa, actual municipio de Zipaquirá, erigida como villa durante la conquista el 18 de julio de 1600. Sobre la llamada ruta de la sal y la red de caminos de los antiguos pobladores, se fueron fundando las distintas villas y ciudades. En 1600 la Real Audiencia de Santafé creó en cuatro años más de cincuenta pueblos en el altiplano cundiboyacense.

Para los muisca, las lagunas y páramos eran la morada de los dioses; de la laguna de Iguaque en Boyacá, emergió la diosa Bachué con un niño en sus brazos, ancestro de toda la raza humana, relacionado en la cosmogonía con las lagunas principales del territorio: Siecha, Chisacá, Fúquene, Chingaza, Bocagrande y Guatavita. Todas conservan su nombre en lengua muisca. En la laguna de Guatavita se ungía el Cacique mayor, “se hacía una gran balsa de juncos, adornada todo lo más vistoso que podían... Desnudaban al heredero, lo untaban con una tierra pegajosa y lo espolvoreaban con oro en polvo y molido, de tal manera que en la balsa iba cubierto todo de este metal” (Freyle, 2015: 35). El oro para la sociedad muisca estaba ligado al culto religioso y su orfebrería aparece dispersa por todo el altiplano, extendiéndose inclusive hasta la vertiente occidental de la cordillera hacia el río Magdalena. En la laguna de Siecha, en el siglo XIX, se encontró una de las balsas de oro que han permitido narrar la sociedad muisca y que se relacionó con la leyenda del El Dorado como la describieron los cronistas.



En el Parque Arqueológico Los Cojines del Zaque, se conservan los rastros de un observatorio y lugar de adoración muisca a donde asistían los antiguos pobladores procedentes del cercado del Zaque a dar la bienvenida al dios sol cada mañana. En la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, cuyo campus central se encuentra en Tunja, se encontraron desde los años 30, distintos hallazgos que daban cuenta de la importancia del lugar como asentamiento muisca, conocido desde tiempos coloniales como Cercado Grande de los Santuarios. Debido a la cantidad, importancia y singularidad de estos restos arqueológicos, en 2018 el Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH) lo declaró como Área Arqueológica Protegida. Hoy en día, el Parque Arqueológico Museo de Tunja- UPTC, es un museo universitario, regional y centro arqueológico.

Cientos de restos de tumbas prehispánicas, abrigos rocosos, pintura rupestre, observatorios, necrópolis y camellones de riego, entre otros, han sido estudiados y reconocidos en el altiplano. No todos se han delimitado como zonas protegidas o parques arqueológicos. Descubrimientos recientes, incluso en áreas urbanas, continúan complementando este legado ancestral.

Imagen 15: Parque Arqueológico Piedras del Tunjo, Facatativá

Imagen 16: Laguna de Guatavita – Fotos del autor, 2023.

El nuevo orden económico religioso y social

A la llegada a la Sabana de Bogotá, los conquistadores encuentran, y así lo relatan Jiménez de Quesada y cronistas como Juan de Castellanos o Fray Pedro de Aguado, el cacicazgo Muisca organizado en cuatro confederaciones de aldeas: Bogotá, Tunja, Duitama y Sogamoso, cada una liderada por un cacique. “Tres huestes conquistadoras arribaron a las tierras altas de los Andes orientales entre 1537 y 1539, cada una con sus propias pretensiones sobre las gentes que las ocupaban desde hacía casi 2.000 años” [...]. (Gonzales Jaramillo, 2022).

Jiménez de Quesada se adentró hacia la conquista al interior a través del río Magdalena, buscando la “región del Condor”, Cundinamarca, no sólo en busca de territorios menos hostiles sino siguiendo la leyenda de El Dorado, una región rica en oro. La ciudad de Bogotá se fundó en agosto de 1538, en una meseta a unos 2.640 metros de altura, estratégicamente contenida entre dos ríos caudalosos -renombrados San Francisco y San Agustín- y protegida por la cadena de los cerros orientales. El cacicazgo de Bacatá era uno de los más importantes y con mayor desarrollo económico, gracias a su localización, sobre el fértil valle del río Hunza, llamado luego Bogotá. El nombre del Rey, se estableció el sistema de encomiendas y, posteriormente, las unidades productivas de las haciendas (Gamboa, 2005).

El adelantado Gonzalo Jiménez de Quesada, fundador de la ciudad de Bogotá, se enteró de la existencia del Templo del Sol, en la región del cacique Sugamuxi, a principios de septiembre de 1537, a donde llegó con sus soldados buscando el templo del dios Xue, el dios sol que permite cada amanecer. El Templo fue incendiado y saqueado. En 1942 excavando para hacer un barrio se encontraron un cementerio muisca y momias con atuendos funerarios, lo que permitió el estudio y posterior recreación del templo, hoy parte del Museo Arqueológico de Sogamoso. Actualmente 12 municipios de Boyacá hacen parte de la llamada provincia de Sugamuxi: Sogamoso, Tibasosa, Firavitoba, Iza, Cuitiva, Tota, Pesca, Aquitania, Monguí, Tópaga, Gámeza, y Mongua. En ellos se encuentran vestigios, tanto de la cultura muisca (petroglifos, evidencia de santuarios, tumbas y sistemas de riego), como de la imposición física y conceptual del nuevo orden (iglesias, capillas doctrineras, conventos, casas de haciendas), que cuentan la historia del poblamiento y ocupación del territorio a partir del siglo XVI.

La ciudad hispánica de Tunja fue fundada sobre el cercado de Quemuenchatocha, el Zaque, por el capitán Gonzalo Suárez Rendón, el 6 de agosto de 1539, apenas un año después que Bogotá. En 1550 se consolidó el trazado de la ciudad y se establecieron los franciscanos, luego los dominicos, los agustinos y los jesuitas. Catorce templos, conventos, capillas y ermitas, y su centro histórico, muestran la importancia de Tunja como eje cultural durante el auge y consolidación de la encomienda como cabecera de la región económica más importante del Nuevo Reino de Granada.



No lejos de Tunja, el 12 de junio de 1572, Hernán Suárez de Villalobos, teniente corregidor de la ciudad de Tunja, por orden de Andrés Díaz Venero de Leyva, primer presidente de la Real Audiencia de Santa Fe, fundó la Villa de Santa María de Leyva, en cercanía a uno de los observatorios muisca, conocido luego como El Infiernito, debido a que sus más de treinta enormes esculturas de piedra de forma fálica, fueron asociadas por los conquistadores con el demonio. Esos monolitos componen un observatorio solar que data de tiempos anteriores a los muisca. Villa de Leyva se convirtió en uno de los puntos comerciales más importantes del Nuevo Reino de Granada, razón por la cual mantenía un contacto frecuente con otras provincias de esa jurisdicción. El parque Arqueológico Monquirá, donde se encuentra este observatorio, además de otras evidencias de la sociedad muisca y restos de animales prehistóricos, está ubicado a 5 kilómetros del área urbana del municipio de Villa de Leyva, con una extensión total de 20.029 ha, de las cuales 19.254 ha, corresponden al área arqueológica protegida.

Imagen 17: Iglesia de Tausa - Foto cortesía Rojas, S., Urquijo, P., 2023

Imagen 18: Parque principal Madrid, Cundinamarca – Foto del autor, 2023

Modelos económicos de apropiación del territorio: conquista y colonia

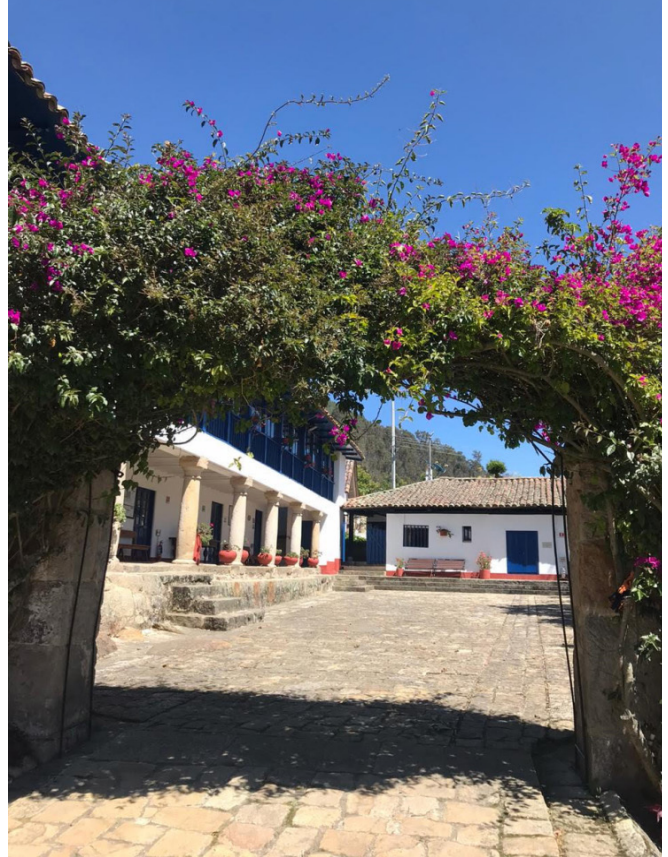
La construcción del espacio colonial en el siglo XVI en los Andes neogranadinos consistió en implantar en la región un sistema productivo que generara réditos económicos y sobre éstos la organización del trabajo, la tributación y la evangelización (Bernal Vélez A: Montoya Upegui, L, 2019). El recién conquistado territorio de la Corona española, bautizado como Nuevo Reino de Granada, contaba en 1538, según el historiador Jorge Orlando Melo (1992), con una población aproximada de 4 millones de "almas", concentrada en la región costera, los valles del río Magdalena, la meseta cundiboyacense, la región caucana y el valle del río Cauca. La planicie de la Cordillera Oriental, asiento del imperio muisca y la región más poblada, debe ser integrada al circuito económico, social y religioso.

La colonización y explotación del territorio está unida inicialmente a la encomienda; el suelo se reparte como compensación por los servicios prestados con sus habitantes como mano de obra para la explotación de sus riquezas y el pago un tributo al encomendero. Este asegura la reurbanización y la evangelización de los pobladores. Dentro de este nuevo orden se establecen los resguardos, pueblos de indios a cargo de los oidores y visitadores de la Real Audiencia que vigila además, de la producción, el pago de tributo y la construcción de una capilla. El conquistador Gonzalo Jiménez de Quesada repartió a sus capitanes las encomiendas con las tribus indígenas: Antonio Olaya recibió Bacatá (Bogotá), con 1.000 indios; Hernán Vanegas Guatavita, con 2.000; Andrés Molina Chocontá y Juan de Céspedes los repartimientos de Ubaque, Cáqueza y Subachoque, con más de 1.500 indígenas. La encomienda de Icabuco fue asignada a Gonzalo Suárez Rendón, con 3.000 indígenas tributarios. Gómez de Cifuentes recibió el repartimiento de Paipa, con 700 y Jiménez de Quesada se quedó con la encomienda de Chita, con 2.000 almas.

En el siglo XVII, ante el fracaso de las encomiendas y la disminución de la población indígena por enfermedades y la explotación que sufrieron, se establece el sistema de haciendas como forma de organización de la propiedad y explotación del territorio.

El siglo XVII es llamado el siglo rural, por la vigencia de las grandes haciendas y la consolidación de la propiedad de la tierra en el Nuevo Reino. Esta distribución genera una serie de nodos con casas principales y sus capillas, almacenes y bodegas y distintas estructuras arquitectónicas ligadas al perfil de la región y sus potencialidades de producción agrícola, minera o ganadera (Anrup, 1990)

Las órdenes religiosas cumplen un papel preponderante y deben asegurar el proceso de evangelización y conversión de los pobladores. Las fundaciones cuentan con una iglesia y un convento para albergar a los religiosos y se aseguran de implantar la cruz en antiguos lugares de culto. Desde 1551, franciscanos, dominicos, agustinos y jesuitas se reparten los territorios para garantizar el proceso de evangelización. A la Orden franciscana, por ejemplo, le correspondió, ya construido su templo en Tunja, el valle Ubaque, "el gran valle de Sogamoso y todos los principales pueblos de todo él", donde cada religioso "doctrinaba cinco y seis grandes pueblos". En el altiplano cundiboyacense encontramos fuera de los centros históricos y las ciudades principales, evidencia de los nodos de evangelización, el conjunto doctrinero de Tausa y Suatausa, el convento dominico de



Santo Ecce Homo cerca de Villa de Leiva, el de los agustinos en el desierto de La Candelaria en Ráquira, y las casas de haciendas con sus infraestructuras, como El Salitre, en Paipa y El Noviciado, en Cota, Cundinamarca propiedad de los jesuitas.

Los distintos conjuntos, centros históricos, poblados y evidencias arqueológicas y la riqueza natural harán parte del Eje patrimonial, elementos del conjunto implícito en este altiplano cundiboyacense.

Imagen 19: Hacienda San Rafael en Bogotá - -- Fotos del autor

Imagen 20: Hacienda El Noviciado, Cota – Cortesía Lina Beltrán

El Eje Patrimonial del altiplano cundiboyacense

Françoise Choay (2007) propone que todo fragmento urbano antiguo que simbolice su relación con la vida presente debe ser integrado a un plan de ordenamiento (local, regional, territorial). Insiste, así mismo, en que los conjuntos urbanos requieren acciones de preservación y restauración que respeten su escala y morfología y las relaciones originales que los vincularon a parcelas o recorridos. El modo de transitar hacia una mejor sociedad, ya no debe pensarse a partir de asentamientos humanos ficticios, ideales y replicables, todo aquello que ha generado el proceso de urbanización bajo modelos exógenos, sino hacia la reapropiación de los distintos lugares existentes y sus patrimonios particulares.

Dentro de las dinámicas de reordenamiento territorial y de fortalecimiento de la territorialidad (Dematteis, 2004), el patrimonio puede ser un elemento fundamental en la construcción de las nuevas lecturas que evidencien su posición como agente semántico y espacial para un determinado territorio o grupo social. Se aborda entonces este Eje, como un “territorio, sobrecargado [...] de numerosas huellas y lecturas [...] un palimpsesto [...]” (Corboz, 2015)

A través del trazado de este Eje patrimonial se pretende hacer visible el palimpsesto, comprendiendo tanto el paisaje natural, como el construido: los páramos y la relación con la cosmogonía muisca, petroglifos, lagunas, vestigios arqueológicos, centros históricos, construcciones religiosas, patrimonio industrial y actividades económicas y sociales locales, agrícolas y artesanales, entre otras.

El Eje como metáfora de red, permitirá definir un sistema de relaciones locales que contrarreste los efectos de las redes de globalización y aporte a la gobernanza de este tipo de territorios. Evidenciar los elementos y los distintos componentes (las capas inter-relacionadas y en estrecha conjunción, permitirá también hacer conscientes a los mismos habitantes como miembros de la red, involucrándolos en la resignificación del territorio con sus significados y significantes. La nueva semántica que devela el palimpsesto del territorio y sus potencialidades -el patrimonio intangible, los hechos construidos y el entorno natural- pretende también recuperar el sentido de lugar y pertenencia, cada vez más difuso por las distintas influencias en el proceso de urbanización.

La mediación a través de la reconstrucción y resignificación de lugares y sus distintos valores patrimoniales -de manera transversal y comprendiendo la complejidad de su palimpsesto-, está dirigida entonces, no sólo a una nueva lectura interpretativa del territorio, sino a la construcción de una ruta cognitiva que derive en operaciones estratégicas, capaces de mitigar la pérdida de identidad y sentido del lugar y las consecuencias en el detrimento del patrimonio tanto cultural como natural del territorio.



La comprensión de las distintas dimensiones, unidas a las potencialidades del territorio, tanto físicas como conceptuales, permite el establecimiento de "cuencas semióticas o de sentido", asistiendo al tejido de su historia como una red de hitos articulados donde cada uno puede tener una relación con el territorio en función de su potencial uso y apropiación. Esta forma de comprender el territorio se podría convertir en herramienta para un desarrollo coherente dirigido a la rehabilitación a través de los mismos recursos que generen estos procesos (Gatti, 1990; Magnaghi, 1998).

Imagen 19: Lagunas de Chingaza

Imagen 20: Minas de Carbón de Tausa – Fotos del autor, 2013

Imagen 21: Hornos de sal Nemocón

Imagen 22: Iglesia de Cajicá Fotos del autor, 2023

Las cuencas semióticas: sentido y significación del palimpsesto

Se propone la visibilización de “cuencas semióticas”, espacios estructuradores del metasisistema de relaciones y significados. Estos espacios podrían funcionar como puntos de referencia a nivel local y con una escala de sentido y significación interpretativa a nivel territorial. El Eje estaría articulado a partir de estos puntos nodales, ubicados estratégicamente en la red, y conceptualmente a partir de narrativas más amplias que hagan explícitas las relaciones semánticas.

Cada cuenca debe ser examinada para poder categorizar el papel de los diferentes elementos, de primer, segundo y tercer orden, con una mayor o menor importancia según su valor posicional y de significado. El de primer orden es aquel que da sentido a la cuenca, con mayor valor posicional y puede, así mismo, integrar cargas de sentido. Los elementos de segundo orden contienen valores posicionales y cumplen un papel de apoyo dentro de ésta; la mejora de su condición podría estar sujeta a una reconexión con otros elementos que le permitan amplificar su sentido y su valor semántico. Luego estarían los elementos de tercer orden, con potencial para estabilizar la narrativa de la cuenca, pero que han perdido su potencial posicional y relacional invisibilizando su capacidad para hacer explícita su relevancia semántica.

Ahora bien, en estas “cuencas”, converge la red de significados y significantes, agrupa los elementos del territorio -el patrimonio natural y cultural y a la vez, las distintas capas evidencia del palimpsesto-, los cuales como conjunto, posibilitan la comprensión del contexto, su sentido y valor posicional. En este conjunto tomando como referencia los elementos de primer orden, se pueden comprender y relacionar los distintos elementos y los valores semánticos del territorio a diferentes escalas. La reinterpretación de los elementos permitirá recuperar espacios estratégicos que permitan lecturas más amplias del sistema, o, re-funcionalizar espacios que han perdido su valor conjugando además el sentido del lugar de todo el sistema.

Estas cuencas se soportan, no en interpretaciones o discursos exógenos, sino sobre las experiencias de los habitantes como miembros esenciales de la red, involucrándolos en la resignificando y narración de los elementos y procesos del territorio.

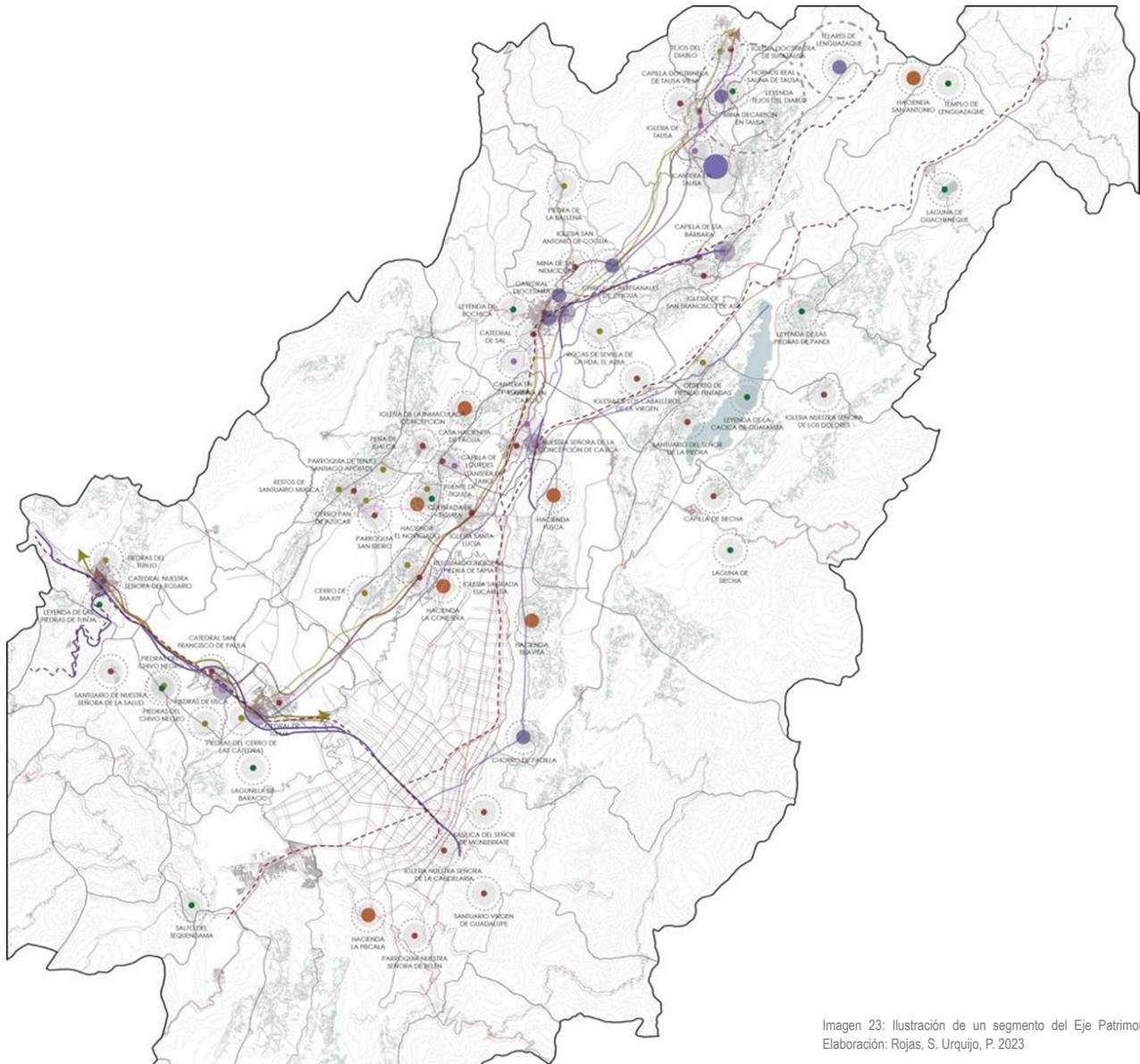


Imagen 23: Ilustración de un segmento del Eje Patrimonial.
Elaboración: Rojas, S. Urquijo, P. 2023

El Eje: composición y estructuración de sentidos y semántica en el altiplano cundiboyacense

A través de las cuencas de sentido se permitirá comprender las capas del palimpsesto a lo largo del proceso de poblamiento del territorio. En este Eje, cuatro subsistemas agrupan por tema el tejido semántico del territorio desde el siglo 2000 d.C. hasta el siglo XX.

1. Los Espacios y rituales ancestrales

El imperio muisca fundamentaba su cultura en una estrecha relación con el entorno natural: lagunas, páramos, montañas, picos nevados, ríos y quebradas, hacen parte de su cosmogonía y mitos de origen. Narrar de nuevo el territorio desde los espacios rituales de la cosmogonía ancestral implicaría el reconocimiento de la toponimia, mitos y leyendas, la recuperación de técnicas de cultivo y manejo ambiental del territorio y semillas, saberes gastronómicos, técnicas de cestería y cerámica, recuperación de las técnicas de orfebrería, entre otros. Necrópolis, evidencias de observatorios ancestrales, alineamientos y círculos de columnas y de bloques de piedra que sirvieron como observatorios astronómicos, petroglifos, pictogramas, rutas ceremoniales, camellones de cultivo y riego y a la vez las reinterpretaciones del legado ancestral: sunas, cercados y templos ceremoniales incluidos en zonas arqueológicas protegidas, permiten encontrar una de las capas del palimpsesto y desde su conocimiento, dirigirse a la apropiación y protección del legado ancestral, no únicamente en hechos construidos, sino en cuanto al uso y protección del territorio natural y sus recursos.

En el territorio actual de Cundinamarca perviven cinco grupos indígenas, las etnias Muisca, Kichwas y Jeruriwa Yukun, comunidades que conservan tradiciones, rituales y medicina ancestral que datan del Siglo VI d.C. (Min Gobierno, 2023). De un total nacional de 14.051 indígenas muiscas, 5.713 de ellos habitan en la ciudad de Bogotá y más de 3.000 en las poblaciones de Cota y Chía. Se han establecido tierras de resguardo indígena en el territorio urbanizado de Usme, Bosa, Suba, Engativá -de origen muisca- y se encuentran 4 cabildos activos. En Boyacá, habitan comunidades de la familia U'wa, Embera Chamí, Muisca y Chibcha. El pueblo indígena U'wa ocupa gran parte del ecosistema natural de la Sierra Nevada del Cocuy y las tierras de resguardo en Boyacá comprenden los municipios de Cubara y Guican. Los U'wa son los protectores de la reserva hídrica del territorio y conservan la relación cosmogónica con lagunas, ríos y lugares de culto.

A través de la Constitución de Colombia en 1991, se reconoció la Nación como un país pluriétnico y cultural, asunto que permitió tras más de 4 siglos, el estatus especial de las comunidades indígenas, manifiesto en el ejercicio de los derechos de legislación y jurisprudencia dentro de su área territorial, en coincidencia con sus propios valores culturales (artículo 246 de la CP), la autogestión mediante poderes propios dentro de sus usos

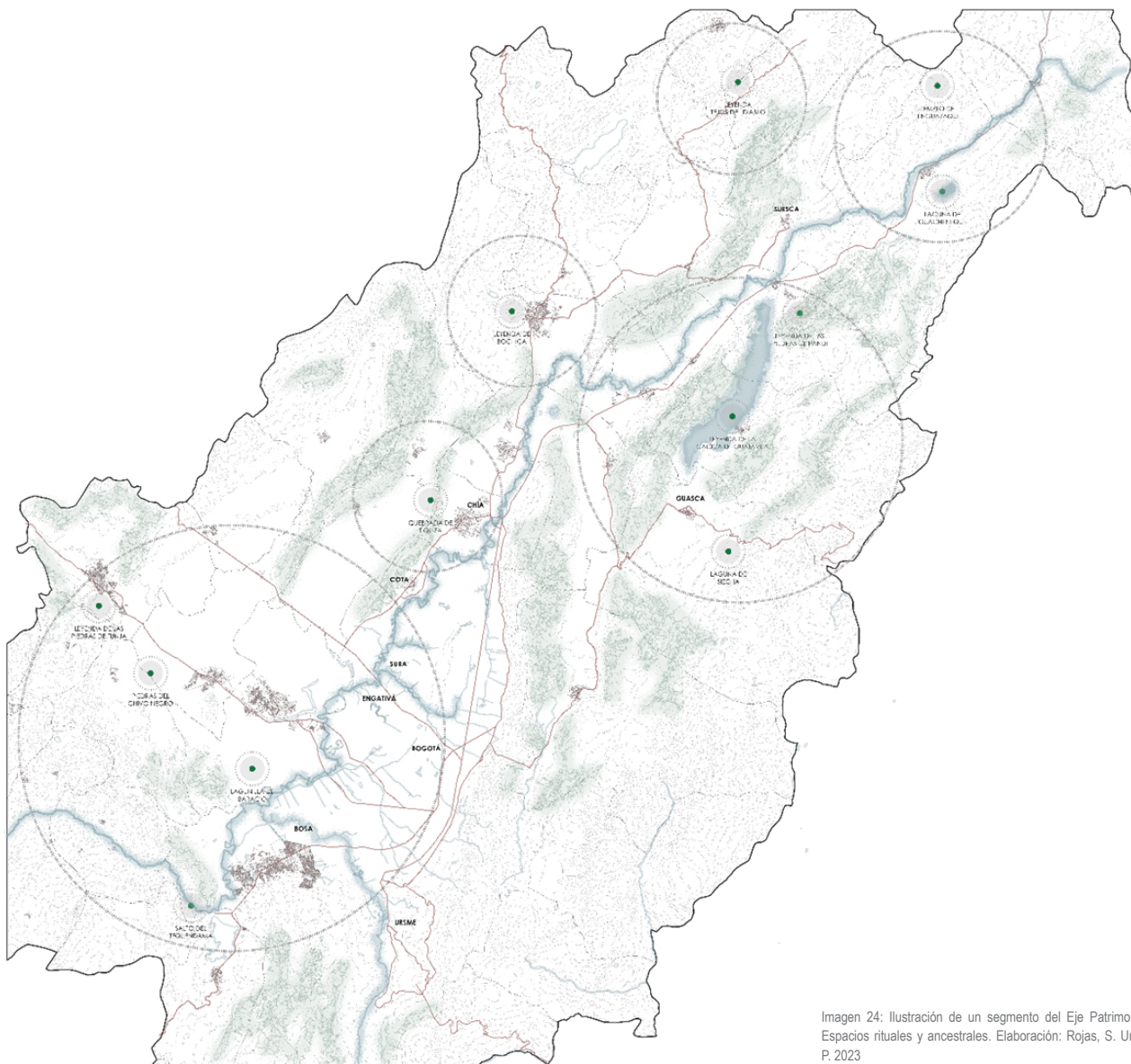


Imagen 24: Ilustración de un segmento del Eje Patrimonial – Espacios rituales y ancestrales. Elaboración: Rojas, S. Urquijo, P. 2023

y costumbres (artículo 330 de la CP) y el ejercicio irrestricto de la propiedad sobre sus resguardos y territorios.

Instituciones o particulares han hecho énfasis en estos temas, estableciendo recorridos turísticos temáticos o promoviendo actividades relacionadas con las tradiciones ancestrales. Sin embargo, estas lecturas no se complementan a través de un sistema transversal que comprenda el contexto y sus particularidades. El Eje y sus subsistemas permitirá una narrativa coherente y articulada.

2. La implantación del nuevo orden: caminos y recorridos

En la conquista y colonia del territorio cundiboyacense se siguieron los caminos ancestrales de intercambio económico y sobre estos se fueron construyendo los caminos reales, senderos que conformaron los distintos espacios entre los siglos XVI y XVIII.

La estructuración de este subsistema permitiría comprender las distintas capas del palimpsesto. Desvelando las rutas ancestrales y los caminos reales se puede comprender la interacción de los grupos humanos, el reconocimiento y apropiación de los distintos espacios con su carga de significado, las actividades económicas, la explotación del territorio y sus transformaciones. Las rutas y caminos permiten encontrar las evidencias de las experiencias vividas por los distintos grupos y actores sociales que transitaron, interactuaron y conformaron una carga semántica manifiesta en hechos construidos.

Karl Langebeak (1995) identifica en su texto Los caminos aborígenes, rutas entre aldeas y santuarios, algunas de las cuales estaban en Guasca y Siecha, Guatavita e Iguaque y los caminos de intercambio con el valle del Magdalena. Roberto Velandia (1971), reconstruye las rutas seguidas por Gonzalo Jiménez de Quesada, Sebastián de Belalcázar y Nicolás de Federmán para entrar a la Sabana de Bogotá y mantenerla comunicada en sus inicios como fundación española, ruta con Chipatá, Vélez, Barbosa, Moniquirá, Turca, Suta, Tinjacá, Guachetá, Lenguaque, Cucunubá, Suesca, Nemocón, Zipaquirá, Busongote (Cajicá), Chía y Funza, poblados originales, sobre los cuales se implantó el nuevo orden político, militar y religioso.

Una vez establecida Santafé de Bogotá como centro político, Jiménez de Quesada recorrió los caminos que unían Paipa-Bonza-Suesca, ruta que más tarde orientó el camino real de Santafé a Tunja, siguiendo hasta Vélez, ciudad que sería terminal del nuevo camino del Opón y más tarde del camino del Carare, eje articulador del altiplano Cundiboyacense.

Documentos de archivo, crónicas de conquistadores y viajeros, entre otros, permiten reconstruir las formas de circulación de productos entre los pobladores ancestrales y el intercambio de bienes entre los cacicazgos

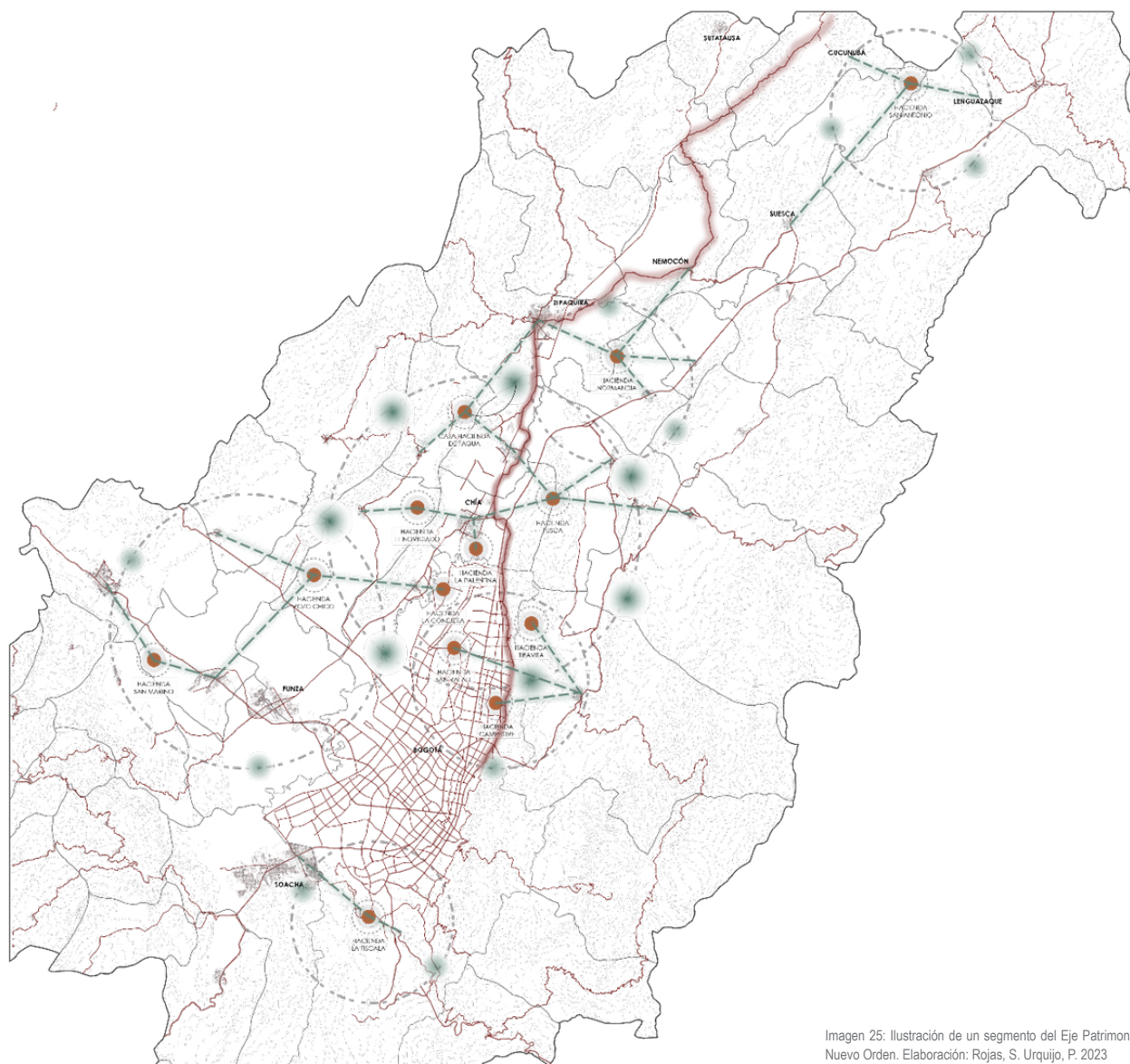


Imagen 25: Ilustración de un segmento del Eje Patrimonial – El Nuevo Orden. Elaboración: Rojas, S. Urquijo, P. 2023

indígenas de la Sabana de Bogotá, y los que se asentaban en el norte del territorio muisca, en lo que hoy se conoce como Soatá, Cerinza y Sogamoso. La sal producida en los yacimientos de Zipaquirá y Nemocón, llegaba hasta los territorios de los caciques de Tunja, Tundama y el Sugamuxi, donde se intercambiaba por maíz, hayo y algodón. Este camino continuó siendo determinante para avanzar en el proceso de conquista y reconocimiento del norte del altiplano cundiboyacense, la sierra Nevada del Cocuy, la Provincia de Pamplona y los llanos del Casanare. El camino de Tunja a Santafé se convirtió en una de las principales vías de acceso para la circulación de productos necesarios para el abastecimiento de los nuevos pobladores, tanto de los producidos en el interior, como los como importados de Europa. La ruta de la sal marcará en Santafé de Bogotá la implantación de la Calle Real -carrera séptima-, cuyo centro sería la plaza Mayor y la iglesia, columna vertebral de la ciudad.

Los caminos se convertirán en factores determinantes para el descubrimiento y reconocimiento de los nuevos territorios, y sobre estos se van construyendo nodos y centros de comercio, y dependiendo de su importancia, adecuando e interviniendo. Enlazados, puentes, tarabitas, pasadizos sobre los ríos, sitios de descanso, peajes, centros de acopio y abastecimiento de alimentos y bebidas, hospedajes o posadas, bodegas, además de las casas de hacienda, capillas doctrineras y poblados hacen parte de esas redes.

Las grandes haciendas, fraccionadas a lo largo del proceso de urbanización del siglo XX, han relegado muchas de las construcciones coloniales al olvido, destrucción o usos ajenos a su importancia como manifestación de un pasado histórico y su interpretación como recurso patrimonial. Las grandes extensiones cultivadas dentro de ese sistema han dado paso a la explotación de éste implantando usos ajenos, los terrenos han sido urbanizados y las casas de hacienda y sus añadidos, mutilados, derrumbados o abandonados.

A lo largo de los caminos y sobre las rutas de refundación de los poblados, muchos conservan su centro histórico. Pero a pesar de los intentos de reglamentación para la conservación y protección del patrimonio cultural, éstos han sido intervenidos, mutilados y transformados, perdiendo su carácter y valores.

Desvelar las rutas a través de este subsistema -dentro de las cuencas de sentido- permitirá a propios y extraños la comprensión de los distintos contextos en el proceso de poblamiento, la puesta en marcha de acciones de revaloración y apropiación de los hechos construidos y la comprensión del territorio como un proyecto implícito y un recurso hacia la construcción de futuro.

3. La ruta de la sal: caminos, ciudades y patrimonio industrial

Este subtema permitirá comprender la vocación de las regiones y las transformaciones del territorio a lo largo de la historia de su poblamiento. Caminos, minas de sal, carbón y hierro, centros de producción y de comercio,

caseríos y poblados, vías férreas, estaciones del ferrocarril, componen el palimpsesto de esta importante y compleja ruta de la sal.

En el altiplano y hasta las vertientes oriental y occidental de la Cordillera Oriental, estaban asentados los muiscas sujetos al Zipazgo. Nemocón, Zipaquirá y Tausa, serán los centros salinos más importantes de la región para el 2.200 y el 2.100 a.C, la red de caminos para proveer a la región de este importante mineral permitía el intercambio con otros productos tales como oro, algodón, maíz, coca, conchas y cerámicas.

Si bien se aprovechaban las salmueras naturales de manantiales y ríos, las rocas de sal extraídas debían ser sometidas a procesos para su depuración, se cavaban hoyos de 20 m² por 50 cm de profundidad, tapizados con barro y piedra, en cuyo fondo se introducían grandes ollas de barro cubiertas por una fina tela, con las rocas de sal y agua. En este proceso participaban hombres y mujeres, alternándose las tareas y se mantenía un estrecho diálogo con la región: Cogua, Sesquilé y Nemesa proporcionaban leña a Nemocón y Zipaquirá, Tausa y Suta proveían telas elaboradas con hilos muy finos y en Cogua y Gachancipá se producían las ollas (Carrasco, 1998; Groot, 2008; Langebaek, 1987). Los mercados de intercambio de la región se realizaban cada cuatro días en los cercados de Tunja, Duitama, Sogamoso y Bacatá (Bogotá), incluyendo celebraciones y ceremonias religiosas (Carrasco, 1998; Langebaek, 1987).

A partir del siglo XVI, España estableció para el gobierno de sus territorios de ultramar un conjunto de ordenanzas, donde se dictan las reglas básicas en cuanto al planeamiento y colonización del nuevo territorio. Los nuevos asentamientos deben estar divididos en cuatro zonas: el centro cívico, conformado por la plaza mayor y los edificios públicos pertenecientes a la autoridad política y religiosa que la rodean; la zona urbana con manzanas cuadradas o rectangulares y los solares para el sustento de las anteriores. Siguiendo esas pautas serán construidos los antiguos centros muisca.

La sal se convierte en el siglo XVI en uno de los productos cruciales para la economía de la Corona. La migración española y el consecuente aumento en la demanda, sumado a los cambios administrativos coloniales, aceleraron las transformaciones del paisaje y modificaron las relaciones sociales del altiplano cundiboyacense. En la ruta ancestral de la sal no sólo se van construyendo los pueblos sobre el damero, con sus iglesias y conventos, casas de encomenderos, y casas de haciendas. A medida que aumenta la población la explotación de la sal requiere de una ampliación de esa red y una mayor infraestructura.

En 1599, se dictan las ordenanzas que regulan la administración y explotación de las salinas de Sesquilé, Nemocón, Zipaquirá y Tausa manteniendo la mano de obra y el comercio indígena, imponiendo el culto religioso y la obligación de asistir a los templos doctrineros. Un par de años más tarde se crea el Estanco a la Sal, asunto

que genera la disminución en la producción y el desplazamiento de la población indígena explotada en las minas. En 1617, “los indios volvieron a disfrutar de las salinas libremente, comprometiéndose a abastecer de sal al Nuevo Reino, tanto para consumo de la población de las ciudades y villas como para las minas de plata de la Laja en Mariquita” (Groot, 2008, p. 79). Un año después, el licenciado Luis Henríquez, en visita a las salinas de Zipaquirá, Nemocón y Tausa, toma la decisión de fundar alfolíes -almacenes públicos de sal- en ciudades como Santafé, Tunja, Pamplona, Honda y Mariquita, donde se estaban explotando para la Corona las minas de plata utilizando el sistema de amalgaman en frío. Hacia 1778 se ordenó trasladar a los indígenas a Nemocón con el fin de que Zipaquirá fuera exclusivamente pueblo de blancos, y en 1779 el gobierno español toma posesión de las salinas.

Las salinas fueron asunto de gran preocupación para los gobernantes coloniales por ser parte esencial de la economía. El virrey Mendieta (1792-1802) solicita al barón Alexander von Humboldt su opinión sobre el asunto de la sal y éste, luego de la visita y el análisis escribe la Memoria razonada de las salinas de Zipaquirá, planteando la necesidad de mejorar el método de producción de la sal, introduciendo un sistema de galerías, además de mejoras en la elaboración de la sal y serias reformas y propuestas en la administración. El proceso de industrialización y los nuevos mercados, conducen a la necesidad de una mayor producción. Se construye entonces la fábrica de compactación de sal y el sistema de galerías subterráneas en Zipaquirá, ampliando la red de túneles. Los hornos de compactación tradicionales se adecuan incluyendo techos de teja de barro, bastiones de cal y canto, parrillas y chimeneas; la leña se reemplaza por carbón mineral, explotando las minas de la región y se empiezan a usar calderos de hierro, lo que impulsa la explotación de hierro y la construcción de las ferrierías en Pacho, Samacá y la Pradera.

Como evidencia del sincretismo extractivo en el territorio, sobre esa ruta crucial desde el 2000 d.C. y hasta el siglo XIX, fueron quedando construcciones de lo que se considera en la actualidad como patrimonio industrial, afianzado sobre el patrimonio natural y el intangible: hornos tradicionales, intervenidos durante la colonia utilizando ladrillo y teja, casas de los administradores, restos de caseríos abandonados en Tausa Viejo, cursos de agua salados, oficio de la cestería y la alfarería, cantería, chircales donde se produjeron los ladrillos, tanto para la construcción de hornos, como de edificios.

La introducción de las ovejas en la región de antiguos tejedores, obligó a la utilización de la fibra animal. A diferencia de los tejidos de algodón, la lana de oveja requería procesos complejos: esquilada del animal, lavado y secado de los vellones de lana y enfardada, construcción de espacios para el secado y almacenamiento de la lana y los telares. Diversas construcciones se levantaron incluyendo entre ellas, además de los telares horizontales para producir en mayor cantidad, estufas y tenderetes. En el municipio de Iza se establecieron

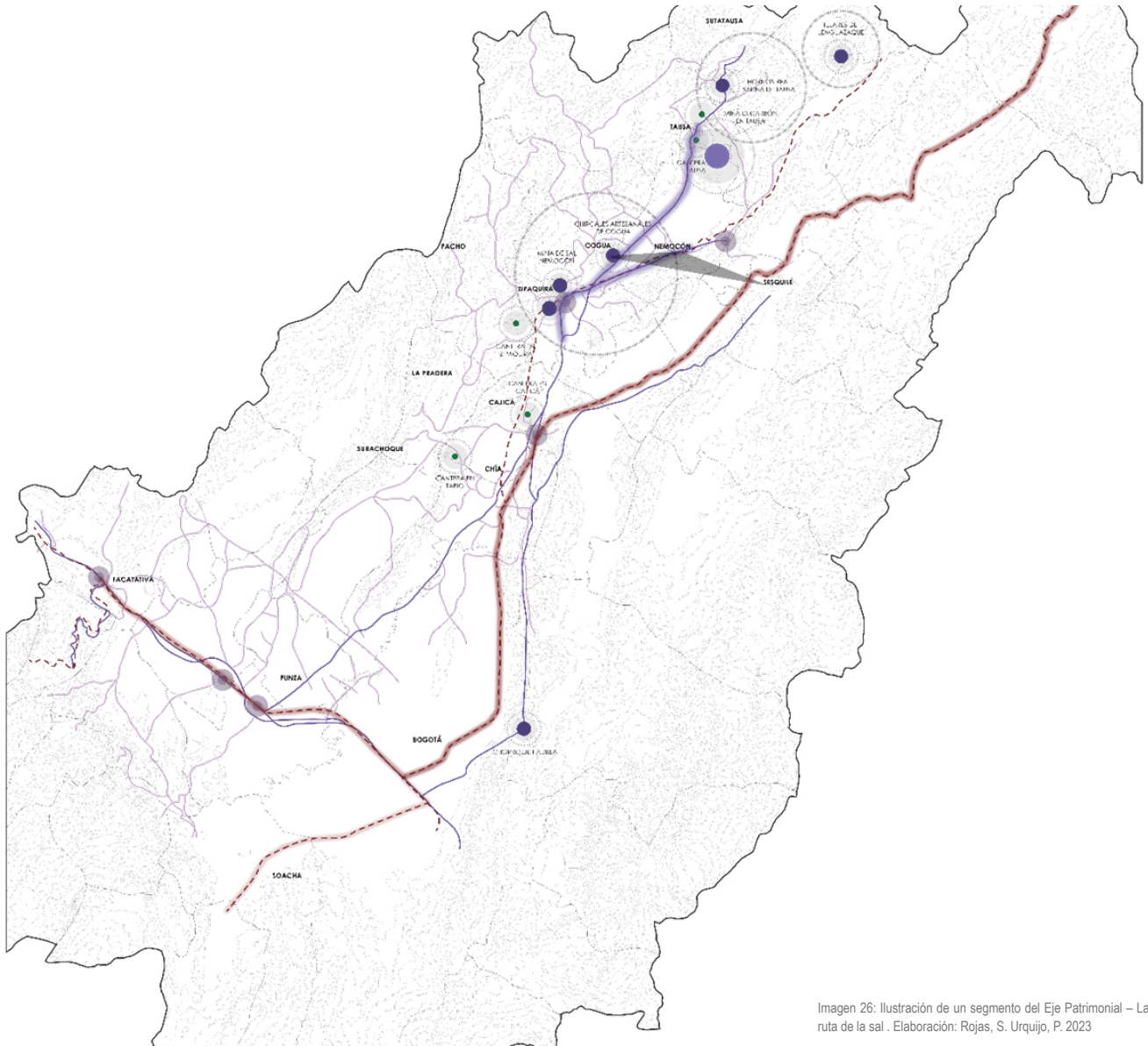


Imagen 26: Ilustración de un segmento del Eje Patrimonial – La ruta de la sal. Elaboración: Rojas, S. Urquijo, P. 2023

talleres en el pueblo y en las veredas, en Nobsa se adecuaron construcciones para albergar centros de tejedores de ruanas y gualdrapas (tapetes para poner debajo de las sillas de montar) al igual que en Cucunubá. La producción de paños y mantas de la provincia de Tunja abasteció las necesidades de vestido y abrigo de casi toda la población de la Nueva Granada. Hacia 1750 unos cincuenta pueblos alrededor de Tunja aún eran reconocidos como productores de prendas de lana. (BRC, 2010, p.7).

En 1887 se habla de fundar en la “Ferrería de Samacá”, una Fábrica de Hilados y Tejidos. Las acciones se repartieron entre el Departamento de Boyacá e inversionistas privados. En 1882 se instaló la industria textil en Samacá; la primera que a nivel técnico industrial en Colombia. En 1893, la Fábrica de Hilados y Tejidos de Samacá funcionaba a todo vapor y laboraban más de cincuenta obreros, pero fue cerrada tras el inicio de la llamada Guerra de los días en 1900. En 1905 nació la Compañía de Samacá sobre las ruinas de la antigua fábrica, en 1936 la represa El Rabanal causó 12 muertos -entre ellos 7 obreros-, inundó la planta, arrasó el hotel de empleados, el almacén, algunas casas, la planta eléctrica y la carretera. Se decretó un año de receso en los trabajos para reconstruir la fábrica a 500 metros de las antiguas instalaciones. La empresa en 1941 contaba con un capital muy modesto y sobrevivió hasta 1964. Los edificios fueron comprados luego por la compañía Intextil.

Las condiciones del altiplano cundiboyacense permitieron en terrenos planos la ganadería extensiva. El valle de Ubaté se consolidó como valle lechero, al igual que Cajicá, en Boyacá se sembraron grandes extensiones de trigo y en las haciendas se construyeron molinos de los que se conservan apenas unos pocos ejemplos.

La explotación de las salinas y la necesidad de industrializar los procesos conduce a la necesidad de reemplazar las ollas de barro por calderos de hierro y la ampliación de las minas requiere de andamios y artefactos para su construcción. Las pequeñas fábricas de hierro con altos hornos, martinets, refinación y fundición de hierro exigieron la asociación de capitales que provinieron de las minas de sal, esmeraldas, oro y plata, y del comercio de las grandes haciendas. Los hacendados consiguieron también capital extranjero, y se hicieron alianzas, no sólo para la administración, sino para la explotación, montaje y compra de maquinaria. El sector de hierro iniciado en Pacho, Cundinamarca, se diversificó regionalmente con la ferrería de Samacá en Boyacá, en 1856, y la de La Pradera en Subachoque en 1860.

La red de comercio de nuevos caminos y vías, de infraestructura, puentes y túneles, las difíciles condiciones en un país surcado por tres cordilleras, hacía compleja la comunicación y el acarreo. En 1849 se inició la construcción del tren en Panamá. Promulgada la ley de ferrocarriles se inició el diseño del trazado, con la intención de unir ese país de regiones. En 1872 durante la presidencia de Murillo Toro se propuso una vía que comunicara a Buenaventura con Bogotá y a Bogotá con Tunja y Bucaramanga, hasta un puerto del río Magdalena, con lo que

la capital quedaría con acceso a los dos océanos. Ese mismo año se contrató la construcción del Ferrocarril del Cauca, para conectar el valle de ese río con Buenaventura y también el estudio de la vía de Bogotá al río Magdalena, dos tramos de esa red. En 1875 Nicolás Pereira Gamba contrató un ferrocarril desde la Vuelta de Conejo hasta Arrancaplumas, para sortear los rápidos del río Magdalena en Honda, principal puerto fluvial, que impedían la navegación. En 1889 se inauguró el Ferrocarril de la Sabana, de Bogotá hasta Facatativá. Los rieles se trajeron a lomo de mula desde la ferrería de La Pradera. En 1895 se iniciaron los trabajos en el Ferrocarril del Sur, de Bogotá hacia Soacha y en 1900 se creó la compañía inglesa The Colombian National Railway para concluir el Ferrocarril de Girardot. Trece años más tarde se hicieron los contratos en Cundinamarca y Boyacá con la sociedad belga Chemins de Fer. No será hasta 1924 cuando se formaliza el paso a propiedad de la nación del Ferrocarril de Girardot y comienzan los trabajos del Ferrocarril del Nordeste de Bogotá a Tunja y Sogamoso, para comunicar los departamentos de Cundinamarca y Boyacá, un año después llegó a Usaquén; en 1930 se extendió hasta Albarracín y finalmente en 1931 llegó a Tunja y Sogamoso.

El siglo XX representó para las salinas de Colombia su consolidación como industria. Con el tiempo se dedicó a la producción de productos químicos derivados del cloruro de sodio para las demás industrias, como la farmacéutica, alimentaria y textil, así como industrias de curtiembres, jabones, vidrio y papel. La necesidad de abastecimiento de Bogotá comenzó a generar industrias en los municipios aledaños, convirtiéndolos en proveedores de materias primas y productos para la capital y el país. Durante las primeras dos décadas del siglo XX, Facatativá, junto con Madrid y Fontibón hicieron parte de un sistema económico regional y modernizador liderado por la capital para proyectarse hacia otros mercados regionales en Colombia. En Facatativá, las grandes extensiones de maíz, trigo y cebada derivaron en distintas industrias agrícolas y harineras, entre ellas la Compañía Fleischmann Colombiana Inc., fundada en 1918. Harineras, molinos e industrias de sus derivados dieron el perfil al municipio.

En el siglo XX se creó Acerías Paz del Río, y se inició el auge industrial en el Valle de Sogamoso, Boyacá (1954-1983), seguido de las cementeras, transformando el territorio y generando otro tipo de asentamientos y oferta de servicios.

Del palimpsesto en la región quedarán manifestaciones de patrimonio tangible e intangible alrededor del tejido de cobijas y ruanas, en Iza, Nobsa, Cucunubá, Tausa, Sutatausa, Cocuy, cestería en Tenza, Garagoa, Guacamayas, Cajicá, entre otros. Del patrimonio industrial aún se conservan los edificios de la Fábrica de Hilados y Tejidos de Algodón en Samacá, el edificio de la fábrica de Santana en la vía Zipaquirá, las estaciones del tren y su infraestructura. Las más representativas son la estación de Chiquinquirá, la de Zipaquirá y la Estación de la Sabana, las minas de carbón y los hornos de depuración de coque, los hornos de sal y los conjuntos de

las minas, las salinas, la catedral de sal, el oficio de la minería artesanal y la gastronomía relacionada con las formas de extraer la roca, los chircales y los inmuebles construidos para actividades agrícolas y productivas en las antiguas haciendas.

El ferrocarril entró en desuso a finales de siglo XX, conservando sólo algunos trayectos para uso industrial. Por iniciativa privada parte un tren turístico los fines de semana desde Bogotá hacia Nemocón. La ruta narra su antiguo esplendor y en el pueblo se ofrece a los turistas la comida cocida en agua sal como lo hacían los indígenas y mineros desde tiempos inmemoriales.

Develar las evidencias del inicio de la industrialización en Colombia, las distintas manifestaciones construidas, el legado artesanal y los oficios tradicionales estrechamente vinculados a las maneras de hacer que persisten en el territorio, permitirá no únicamente comprender el devenir del territorio, sino la recuperación de la historia, los saberes, los inmuebles amenazados, y con ello sus cuencas de sentido.

4. Devoción, culto y sincretismo

Rutas, caminos, territorio natural, accidentes geográficos, montañas, lagos, y lagunas, componían la cosmogonía y mitología indígena del territorio cundiboyacense. La urbanización de las nuevas tierras a partir del siglo XVI conlleva a la apropiación y control de espacios a nivel político, jurídico, social y religioso. La implantación del nuevo orden partirá de la imposición en el espacio de los nuevos signos y significados y los distintos rituales litúrgicos sobre los lugares de culto.

Los conjuntos de las órdenes religiosas, las capillas, iglesias y centros doctrineros se van consolidando y enriqueciendo a lo largo del tiempo; sus particularidades y configuración permiten desvelar parte de la historia de la población, apropiación del territorio y el perfil de pueblos y ciudades.

Para 1680 en la Recopilación de leyes de los Reinos de Indias se ordena:

[...] en cabeceras de los pueblos de indios [...] se edifiquen iglesias donde sean doctrinados y se les administren los Santos Sacramentos, y para esto sea parte de los tributos que los indios hubieren de dar a Nos (Libro 1, Título 2, ley 6)

Las poblaciones de Suta y Tausa fueron refundadas por el conquistador Gonzalo de León Venero en un lugar vinculado a un centro ceremonial prehispánico, región desde donde se abarca visualmente el valle de Ubaté, ligado a los centros ancestrales de explotación salina. La fundación respondió a una acción estratégica de ocupación y explotación del territorio.

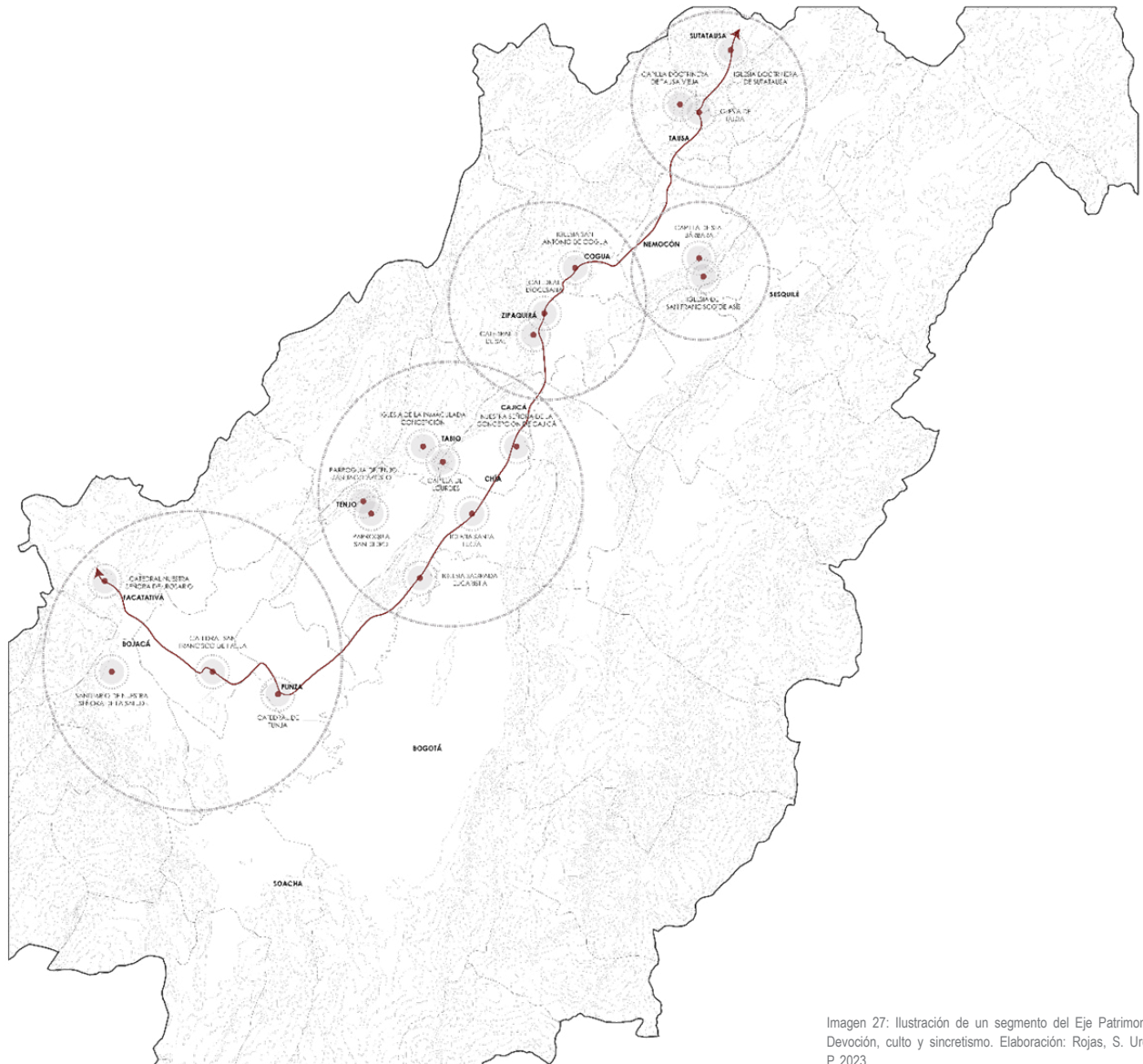


Imagen 27: Ilustración de un segmento del Eje Patrimonial – Devoción, culto y sincretismo. Elaboración: Rojas, S. Urquijo, P. 2023

De los cientos de conjuntos doctrineros levantados en este territorio, se conservan pocos. En Sutatausa (Cundinamarca) se encuentra uno de los conjuntos de patrimonio cultural más ricos e importantes de la región, en el que se conjugan vestigios de la cultura prehispánica, la Conquista y la Colonia: rocas con arte rupestre, un conjunto doctrinero y la tradición cultural en torno a los tejidos, evidencia tangible del encuentro de los dos mundos.

La ciudad de Santiago de Tunja se fundó un año después de Bogotá, sobre las ruinas de Hunza, antigua capital indígena, las distintas órdenes religiosas iniciaron la construcción de templos y conventos, que se irán haciendo más complejos y elaborados a lo largo del tiempo. La Catedral de Tunja, el Templo y Convento de Santo Domingo, el Templo y Convento de San Francisco, el Templo de San Ignacio, el de Santa Clara la Real, El Topo, San Lázaro, la Iglesia de Santa Bárbara, el Templo de San Laureano, la Iglesia de las Nieves y el convento de San Agustín, permiten entender la importancia de la ciudad a partir del siglo XVI, comprender los procesos de evangelización y leer el sincretismo en su ornamentación y la influencia en la región.

Tunja es la sede metropolitana de la provincia eclesiástica, con cinco circunscripciones sufragáneas: cuatro diócesis -Chiquinquirá, Duitama-Sogamoso, Garagoa y Yopal y el vicariato apostólico Trinidad.

Chiquinquirá, en muisca significa "poblado del sacerdote". El territorio lo habitaban los indios Chiquinquiras, grupo pertenecientes a los muisca, gobernados por un cacique. Doña Catalina Díaz de Islos, viuda del encomendero Antonio de Santana, encargado de los pueblos de indios, construyó sus aposentos sobre la margen izquierda del río Chiquinquirá, incluyendo un pequeño oratorio. En 1586, cuentan las crónicas, una india parte de la encomienda, encontró una pintura de Nuestra señora del Rosario que representaba a la virgen vestida con una manta muisca y la colgó en el oratorio. Cuando comenzó las oraciones la imagen se renovó mostrándose con colores brillantes. En 1587, el arzobispo de Santa Fe de Bogotá, don Fray Luis Zapata de Cárdenas, levantó información jurada de los milagros concedidos por la Santísima Virgen y dispuso que se edificara un templo a Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá. La obra se inició en 1588, tenía 150 m. de largo y 38 metros de ancho. El Virrey Ezpeleta encargó en 1790 la edificación de otro templo en una plaza nueva, para cuya misión fue contratado el arquitecto capuchino español Fray Domingo de Petrés, quien inició las obras en 1796. El templo fue consagrado en 1823 por el obispo de Mérida Lasso de la Vega y recibió el título de basílica menor el 18 de agosto de 1927 por el papa Pío XI. La Virgen de Chiquinquirá es considerada la patrona de Colombia y su festividad se celebra cada 9 de julio.

El patrimonio religioso del altiplano cundiboyacense, cuenta la historia de la imposición del nuevo orden, del sincretismo religioso, de la colonia y república, de las órdenes religiosas, su influencia en la región y del

perfil de cada una de las ciudades, importancia, desarrollo y crecimiento desde el siglo XVI. Construidas a lo largo del tiempo dan cuenta de las distintas influencias, albergan importantes colecciones de bienes muebles, muchos producidos en la misma región en las escuelas de talla y pintura. La Basílica Menor del Santo Cristo de Ubaté, de estilo gótico francés; la Catedral de la Santísima Trinidad; San Antonio de Padua; Catedral de Sal de Zipaquirá; el conjunto doctrinero San Juan Bautista de Sutatausa; la Basílica Menor Iglesia de la Inmaculada Concepción en Cáqueza, de estilo greco-romano; la Basílica Menor Iglesia de San Jacinto en Guasca de estilo gótico; el Santuario de nuestra Señora de la salud, en el municipio de Bojacá, a donde se acude para bendecir automóviles, buses y camiones; la iglesia de Monserrate a 3.152 metros de altura en los cerros orientales de Bogotá; la Catedral de la Inmaculada Concepción, hoy basílica menor, ubicada en el municipio de Cáqueza; la Capilla de Siecha, con su casa cural y las ruinas del convento; el Santuario Jesús de la piedra, ubicado en el municipio de Sopó en la cima de una colina; la Iglesia de Santa Clara en Bogotá; la iglesia neogótica de Cerinza Boyacá; entre otras, son evidencia construida y parte esencial de un palimpsesto que al desvelarlo como un eje dentro del recorrido, permitirá comprender tanto las particularidades de cada municipio, como la complejidad del territorio cundiboyacense sus valores, importancia y posibilidad de desarrollo.

Conclusiones

Los procesos de urbanización desordenada en el altiplano cundiboyacense y la incorporación de nuevas formas de uso e interpretación semántica del mismo han generado la precipitación de objetos aislados, desarmando el territorio (Boeri, 2013). En este proceso, su riqueza patrimonial está cada vez más amenazada o relegada al olvido, las tierras fértiles están siendo construidas con grandes infraestructuras y conjuntos cerrados y el desplazamiento de su población por las distintas presiones es cada vez mayor.

Estas transformaciones conducidas por distintos fenómenos multidimensionales y las nuevas dinámicas urbanas y socioeconómicas, han generado a lo largo del tiempo rupturas a nivel espacial, social y cultural. La propuesta del Eje patrimonial como metáfora de una red amplia y compleja, está dirigida a consolidar una estructura narrativa, un sistema semántico, que posibilite la reinterpretación de los distintos paisajes, tanto naturales como culturales. La visibilización en esta red de los distintos componentes y las múltiples capas del palimpsesto, permitirá generar estrategias de intervención y apropiación enfocadas a la reconstrucción del sentido de pertenencia y lugar y con éste, a la salvaguarda y protección de su patrimonio, su territorio y su identidad.

La narrativa, un puente entre el territorio y sus habitantes, los cientos de relaciones que se entretienen en la historia de su poblamiento, podrían conducir a procesos de re-interpretación, que impulsados por los estímulos

adecuados, facilitarían la gobernanza local, impulsar el consenso de objetivos colectivos de desarrollo, capaces de hacer frente a los procesos de escala global.

La visibilización de las múltiples capas del palimpsesto en el territorio, y la construcción de las cuencas de sentido como referente, no son escenografías ajenas, sino una estructura generadora de flujos benéficos en el territorio, que contribuye al rescate y puesta en valor de sus valores culturales. Oficios tradicionales, gastronomía, recuperación de flora nativa, protección de cuencas hídricas, ríos y quebradas, reciclaje de edificios patrimoniales, pueden atraer un turismo con sentido, donde los mismos pobladores son guías y protectores de su patrimonio. La valoración y fortalecimiento de la primacía de las redes locales y la construcción de los distintos meta-relatos, posibilitan además las interacciones simbólicas y sociales, dinamizando los contenidos culturales y las relaciones de apropiación territoriales, a escala local, enriqueciendo los procesos de transformación de orden global (Alonso, 2016).

La precipitación de elementos que han desarmado el territorio, los cambios de patrones, la influencia de culturas exógenas, los cambios de uso, han desarticulado los elementos de su contexto y su sentido. Los hornos de sal, las estaciones del tren, los molinos de trigo, los conjuntos doctrineros, las pinturas rupestres y abrigos rocosos, las casas de hacienda, los hornos de depuración de coque, entre otros cientos, se convierten en fragmentos de bienes muebles descontextualizados y dispersos en el territorio, ajenos a la historia y el sentido. La estructuración del Eje y de las cuencas, les da sentido, evidenciando el conjunto, y permitirá la comprensión de este patrimonio con sus contextos, ligando distintas intenciones particulares e institucionales para la puesta en marcha de proyectos con acciones de gestión dirigidas a la composición de la semántica, la comprensión del territorio y su potenciación como recurso.

Las distintas lecturas y el afán de lucro han generado multitud de discursos que intentan explotar los distintos recursos patrimoniales, creando muchas veces escenarios con falsos sentidos y procesos de gentrificación. Este Eje, al visibilizar la complejidad de las múltiples capas del palimpsesto, posibilitará la estructuración de discursos y semánticas que frenen y regulen la tergiversación y conversión de los valores tradicionales, convergiendo en la salvaguarda, protección y valoración del patrimonio cultural y construido y en los valores naturales del territorio.

BIBLIOGRAFÍA

- ARIAS, F. (2023) Otra historia de Colombia. Bogotá: Editorial Debate
- BORRERO, O. (Ed.) (2018). Economía Urbana y plusvalía del Suelo. Bogotá: Ed.Badhar
- BELTRAN, D. (2.023) Patrimonio Industrial salino del altiplano cundiboyacense: Análisis patrimonial de la región para estructura un paisaje y formular las bases para su gestión. Tesis de maestría. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia
- CEY, G. (2022) El desencanto del nuevo mundo: viaje a las Indias, 1539-1553. Bogotá: Editorial Piélago.
- CHOAY, F. (2.007) Alegoría del patrimonio. Barcelona: Editorial Gustavo Gili
- CORBOSZ, A. (2.015) El orden disperso. Ensayos sobre arte, método, ciudad y territorio. Quilmes: Editorial Universidad Nacional de Quilmes
- DEMATTEIS, G. (2020) Proyecto Implícito. La contribución de la geografía a las ciencias del territorio. Barcelona: Ediciones Asimétricas.
- RODRÍGUEZ FREYLE, J. (2015) El carnero (1566-1638). Bogotá: Ministerio de Cultura-Biblioteca Nacional de Colombia. [Recurso electrónico]
- GAMBOA, J. (2.008) Los muiscas en los siglos XVI y XVII: miradas desde la arqueología, la antropología y la historia. Bogotá: Editorial Universidad de los Andes
- GULH, E. (1981). La Sabana de Bogotá, sus alrededores y su vegetación. Bogotá, Colombia: Jardín Botánico José Celestino Mutis.
- KALMANOVITZ, S. (2010) Nueva historia económica de Colombia. Bogotá: Editorial Taurus
- LANGENBAEK, C. (2023). Conquistadores e indios. Bogotá: Editorial Debate
- (2021). Antes de Colombia. Bogotá: Editorial Debate
- (2019). Los Muiscas. Bogotá: Editorial Debate
- (1995) Caminos ancestrales. Banco de la República
- MARTINEZ, C. (1976) Apuntes sobre el urbanismo en el Nuevo Reino de Granada. Bogotá: Escala, Fondo Editorial,
- MELO, J.O. (1992) Predecir el pasado: ensayos de historia de Colombia. Bogotá: Fundación Simón y Lola Guberek

- (Ed.) (1995) Caminos reales de Colombia. Coeditor, Pilar Moreno de Ángel. Editor Académico Mariano Useche Losada. Bogotá: Fondo FEN Colombia.
- (1996) Historia de Colombia: El establecimiento de la dominación española. Tercera Edición. Bogotá: Presidencia de la República. ISBN: 9581801278
- MUÑOZ, G. (2006). Pinturas rupestres en el altiplano Cundiboyacense, Colombia. Concentración y diversidad en la Sabana de Bogotá. En http://openarchive.icomos.org/1039/1/suacha_2006.pdf. Consultado octubre 2023
- PARADA, T. (2020). Patrimonio Industrial de inicios del siglo XX en la sabana de Bogotá. Proyecto de restauración Molino San Carlos, Facatativá. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia
- ROMERO, G. (2.012) Iglesias doctrineras y trazas urbanas en Nueva Granada. Granada: Editorial Universidad de Granada
- ROMERO, M. (2020). Territorios híbridos metropolitanos: transformaciones urbanizadoras en el sector central de la Sabana de Bogotá. Barcelona: UPC Commons
- SANTOS, R.; MEJIA, F. (2010) Mensajes de la Madre Tierra en territorio Muisca. Bogotá, Impresol Editores.
- SUAZA, M. (2.006) Los esclavos en las haciendas de la Provincia de Neiva durante el siglo XVIII. Arqueología histórica de la Nueva Granada. Tesis, Universidad Nacional de Colombia.
- TELLEZ, G. (1.997) Casas de Hacienda: arquitectura en el campo colombiano. Bogotá: Villegas Editores.
- TUAN, YI-FU. (1977) Space and Place. The perspective of experience. Minnesota, Minnesota Press.
- VELANDIA, R. (1971) Historia Geopolítica de Cundinamarca. Bogotá: Coopnalgráficas: Academia de Historia de Cundinamarca.

ARTÍCULOS EN REVISTAS

- ALONSO, P. (2014) La transición al pos-productivismo: parques patrimoniales, parques culturales y ordenación territorial
- (2016) Patrimonio y Ontologías múltiples: hacia la co-producción del patrimonio cultural.
- BOERI, S (2000). Apuntes para un programa de investigación en: Mutaciones, Gausa. M. Ed. Actar, Barcelona.

- BELTRAN, L. (2008). Patrimonio industrial colombiano: la definición de paisajes productivos en la Sabana de Bogotá. Bogotá: Revista Apuntes, Vol. 21 Núm. 1 (2008): Patrimonio industrial. Pontificia Universidad Javeriana.
- BERNAL VELEZ, A; MONTOYA UPEGUI, L. (2019) El espacio como escenario de confrontación interétnica. El caso del altiplano cundiboyacense. Memoria Americana. Cuadernos de Etnohistoria ISSN 1851-3751 (en línea) / ISSN 0327-5752 (impresa), (noviembre, 2019) pp. 138-163
- BONILLA, J. (2013) Nuevas tendencias del turismo y las tecnologías de información y las comunicaciones. Revista Turismo y Sociedad (Bogotá). Vol 14. p 33-45
- CARRASQUILLA, J. La tenencia de la tierra en la sabana de Bogotá desde 1539 hasta 1939. Volumen 1: introducción, volumen 2: Bogotá, Informe Banco de la República – CINEP
- DEMATTEIS, G. (2006) En la encrucijada de la territorialidad urbana. Revista Bitácora (Bogotá) No. 10, p.53-63
- DEMATTEIS, G.; GOVERNA, F. (2005) Territorio y territorialidad en el desarrollo local. La contribución del modelo SLOT. Boletín A.G.E. No.39, p 31-58.
- FONTE, M; RANABOLDO, C. (2008) Desarrollo rural, territorios e identidades culturales. Perspectivas desde América Latina y la Unión Europea. Revista Opera (Bogotá) No. 7, p 9-31.
- HERNÁNDEZ, M. E. (2001). Tiempos para rezar y tiempos para trabajar. La cristianización de las comunidades muisca durante el siglo XVI. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia- ICANH. Fronteras De La Historia, 7, 271–274. en <https://revistas.icanh.gov.co/index.php/fh/article/view/694>. Consultado septiembre 2023
- IZQUIERDO, A. (2008) El calendario Muisca. Una aproximación al sistema temporal de los nativos de los Andes Nororientales de Colombia. Departament d'Anthropologie, Faculté des études supérieures, Université de Montréal. Maestría en Ciencias Antropológicas. Universidad de Montreal en <https://arxiv.org/pdf/0812.0574.pdf>
- MONTENEGRO, F (2021) Una mirada histórica a la Región Metropolitana Bogotá Cundinamarca en Divulgación Académica., junio 07, 2021. Universidad Nacional de Colombia. <https://ieu.unal.edu.co/en/medios/noticias-del-ieu/item/una-mirada-historica-a-la-region-metropolitana-bogota-cundinamarca>. Consultado octubre 2023
- ODUR (2022) Crecimiento Urbano, Crecimiento económico y Finanzas en la Región Bogotá Cundinamarca en <https://www.sdp.gov.co/transparencia/info-especifica-entidad/publicaciones/estudios/crecimiento-urbano-crecimiento-economico-y-finanzas-territoriales-la-region-bogota-cundinamarca-2022>. Consultado octubre 2023

(2022) Desequilibrios socioeconómicos territoriales en Bogotá y Cundinamarca en <https://www.sdp.gov.co/transparencia/info-especifica-entidad/publicaciones/estudios/crecimiento-urbano-crecimiento-economico-y-finanzas-territoriales-la-region-bogota-cundinamarca-2022>. Consultado octubre 2023

PRADILLA, H. (1992). Arqueología del cercado grande de los santuarios. Bogotá: Boletín Museo del Oro, Banco de la República.

QUIROGA MOLANO, E. - BLANCO QUIJANO, R. (2019). Aproximación a la conformación de la ciudad de Tunja en el siglo XVIII. "Real Fábrica de salitres de 1783". Historia y Espacio, vol. 15, nº 52. Enero – Junio, 2019. Cali, Colombia. ISSN 0120-4661 (Impreso). ISSN 2357-6448 (En línea). Pp. 81 - 108

SABATÉ, J. (2004) De la preservación del patrimonio a la ordenación del paisaje. Revista Urbano (Chile), Volumen 7. No. 10, p 42-49

SABATÉ BEL, J.; BENITO DEL POZO, P. (2010). Paisajes culturales y proyecto territorial: un balance de treinta años de experiencia. Revista Identidades: territorio, cultura, patrimonio, Universidad Politécnica de Cataluña, diciembre, 2010, núm. 2, p. 2-21. ISSN2014-0614, en <https://upcommons.upc.edu/handle/2099/10716>.

SECCHI, B. (1984) Las condiciones han cambiado. Revista Casabella (Milán) No. 188-489, p. 8-13

THERRIEN, M. (1996-1997) Cultura material en la Nueva Granada: ¿Referencias o preferencias?, aportes a la Arqueología histórica en Colombia. Revista Colombiana de Antropología Vol.33. Bogotá: Colcultura – Instituto Colombiano de Cultura

(2004). Tu casa no es mi casa. Proceso de diferenciación en la construcción de Santa Fe, siglos XVI y XVII. Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá - Instituto Distrital de Cultura y Turismo.

TOVAR, H. (1.993) Relaciones y visitas a los andes, Siglo XVI. Tomo III. Bogotá: Biblioteca Nacional

PONENCIAS

SANTOS, R.; MEJIA, F. (2013) Cátedra de la memoria Mhuysqa 2013. Bogotá, 10 abril – 23 octubre.

PÁGINAS INSTITUCIONALES

Etnias y resguardos en Colombia en <https://www.cundinamarca.gov.co/>

Parques Nacionales Naturales de Colombia <https://www.parquesnacionales.gov.co/>

ATLAS DE CUNDINAMARCA http://www.geoinstitutos.org/notides275a.html?id_noticia=229